

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

NARIÑO, PERIODISTA.
Por Carlos Restrepo Canal.

El volumen XX, de la Biblioteca "Eduardo Santos", de la Academia de Historia, lo constituye el estudio exhaustivo que el historiador Carlos Restrepo Canal, ha hecho del prócer don Antonio Nariño, como periodista. Se trata de un libro ameno, escrito en noble idioma castellano y muy útil para relieves las facetas de Nariño, cuya vida fue un diario holocausto en favor de la Independencia. Hombre de vastas inquietudes, en el espíritu del grande hombre hicieron impacto las lecturas de su tiempo y un afán de libertad, de luces nuevas, lo mantuvieron siempre en la línea donde el peligro era mayor, ya que las armas de la inteligencia son los más poderosos ácidos para corroer cualquier casta o prejuicio. Nariño, como lo estudia muy detenidamente Restrepo Canal, amó particularmente la letra escrita, eso que un travieso escritor francés hubo de llamar con cierto sombrío humorismo, "sangre de imprenta". *La Bagatela* es precisamente el fruto del ingenio de Nariño, de su inteligencia alerta sobre los problemas de su tiempo. Allí dejó consignado su pensamiento sobre numerosos asuntos que interesaban a los criollos y al pueblo sufrido que padecía sojuzgamiento por un largo coloniaje.

Nariño fue, en consecuencia, el verdadero precursor del periodismo en la Nueva Granada y constantemente hizo uso de este medio de cultura para darnos la medida de su polifacética personalidad.

El estudio realizado por Carlos Restrepo Canal es un aporte muy valioso para conocer a fondo esta actividad del gran libertador.

LA ADUANA—
Por Manuel José Jaramillo.

Reúne esta novela buenas condiciones para ser considerada como un acierto de su autor. El tema ha sido tratado en forma que deja en el lector la sensación de que no se penetra únicamente en un universo novelado, sino que se trata de un documento humano, acaso demasiado humano, en fin, de una acusación en voz alta. Porque es tan gráfica la

descripción de caracteres y ambiente que necesariamente el lector colombiano piensa de inmediato en los debatidos y espinosos problemas aduaneros que cotidianamente constituyen piedra de escándalo, ya que a través de las aduanas se filtra un copioso contrabando y las leyes son escarnecidas y vulneradas, por tirios y troyanos. Esta novela denuncia con valor hechos que tienen realidad, que arrancan de un mundo turbio, donde se negocia la conciencia y la ética administrativa desaparece vencida por el halago, la promesa de enriquecerse sin trabajar, una ola pesada y aceitosa que todo lo invade ante los ojos atónitos.

Manuel José Jaramillo conoció de cerca ese mundo y sus fantoches. No son muñecos de aserrín, sino seres humanos envilecidos. Aquí entran en juego una serie de valores cotizables en una sociedad en franca corrupción: dinero, influencias, mujeres hermosas y equívocas, soborno, lujo, ascensos administrativos, todo aquello que constituye la negación de la honradez, el servicio honesto, el halago y la satisfacción del simple deber cumplido. Por la Aduana desfilan estos tipos, su conciencia encallecida, los mil resortes que mueven una maquinaria fraudulenta que le roba al Estado sus lícitas entradas. Jaramillo sabe pintar, de mano maestra, esos grandes cuadros, verdaderos frescos de una hora turbia, donde solamente entran a jugar los valores materiales y el dinero que vence toda honradez y cuyo contacto frío de reptil, todo lo envilece.

Recomendamos la lectura de esta obra valerosa a nuestros lectores. Es literatura auténtica, veraz, no vacilantes cuadros imaginativos. Testimonio de un hombre y enjuiciamiento de una época colombiana.

EL FLORERO DE LLORENTE.

Por Arturo Abella—

Ampliamente conocido en nuestros círculos periodísticos, el autor de esta obra ha sido ensayista sagaz y penetrante. Uno de sus libros, *Entrevista con España*, publicado por el Instituto de Cultura Hispánica, es, antes que un libro de tesis o de Sociología, un amoroso canto en buena prosa castellana, de España como madre de un Continente. Ahora, Arturo Abella, nos presenta esta interpretación personalísima del tiempo en que se hizo la Independencia y de los Héros que nos dieron la Libertad. Libro ameno como lectura, ya que como decíamos su autor maneja una prosa desenvuelta y ágil, sin complejidades literarias, ni difusos circunloquios. Prosa directa, que nombra las cosas y los seres por sus propios nombres de pila. Quiere demostrar Abella, sin lograrlo, que nuestros Héros casi lo fueron a la fuerza, como el médico a palos de Moliere. Que todos pertenecían a una oligarquía criolla y que sus pasiones no eran sino simples resentimientos hacia España, provenientes de oscuros problemas de intereses, haciendas, títulos nobiliarios, celos por heráldicas y un enrevesado crucigrama de apellidos españoles mezclados con sangre aborigen, para dar nacimiento al criollo impetuoso, receloso, a veces abyecto, que hizo la Independencia.

Las tesis del autor de *El Florero de Lorente*, son en gran parte equivocaciones, producto de una peculiarísima manera de apreciar ese

tiempo de nuestra Historia. Mal puede hablarse de oligarquías en una época en que este concepto carecía de bases reales como en esta hora de la industrialización, los valores bursátiles, los gigantescos Trust que son las palancas del mundo moderno con su engranaje y sus tremendas ramificaciones en el mundo del hombre. Aquellos varones eran apenas modestos propietarios de fondos que comerciaban legítimamente, como ha sido costumbre desde tiempo inmemorial. Pero una oligarquía, que como lo dice la Academia de la Lengua "es un gobierno de pocos, para que algunos poderosos se aunan para que todos los negocios dependan de su arbitrio", no podía existir en una colonia en formación, en el momento mismo en que se fundían razas para darnos el espectáculo de un pueblo nuevo, que tiene su propia y terca fisonomía; no existía competencia propiamente dicha. Tampoco comerciantes aventados físicamente del mercado para darlo a otros, ya que como dijimos apenas empezaba a desarrollarse la vida en la Colonia y la oligarquía entraña cierto concepto de madurez económica, de valores que sobrevivieron a la catástrofe de otros, una auténtica guerra comercial, con sus vencedores y vencidos. Considerar al Marqués de San Jorge como un oligarca dueño del Virreinato y sus destinos, es cuando menos exagerado.

Está bien que las nuevas generaciones entiendan que los Héroes de la Independencia no fueron semidioses del Olimpo. Que jamás bajaron a la tierra y que se deben mirar como símbolos que flotan en una atmósfera de puerza como el clima estelar de los ángeles. Pero tampoco podemos enseñarles que fueron unos seres indiferentes al destino de su tiempo, giróvagos en un círculo de sonambulismo y niebla conceptual. Su faena, fue dura, alta, tremenda. Regaron con su sangre los patíbulos. Murieron todos pobres, "sin una franciscana camisa para su dura muerte de héroes", como dijo el poeta. Natural que tuvieron vacilaciones, que abjuraron como Pedro al canto del gallo, pero todo esto —humano, esencial en la débil naturaleza humana—, queda borrado frente a su muerte, su crucifixión, su padecimiento. Y del plinto donde los ha colocado la Patria agradecida, no han de abajarlos, cuando se les mira ya a la distancia, creciendo en el tiempo y como ejemplo y semillero de esperanzas.

El libro de Abella, en el afán de querer ser original, nos presenta una parte la más debatida de aquellos hombres. Pero queda trunco al dejar sumido en el olvido lo mejor de aquella vida: su martirio, su lección vital, el amanecer que abrieron, a costa de su sangre, para que hoy caminemos la ruta de nuestro propio destino.

DOCUMENTOS Y DESCRIPCIONES
DE LA CIUDAD DE SAN CRISTOBAL.

San Cristóbal es una de las más pintorescas ciudades de Venezuela. Su empinada arquitectura, sus serenas montañas, su claridad de ala toca el borde del cielo, sus gentes sobrias, laboriosas e inteligentes, sirven a una empresa de engrandecimiento público que hará de esta ciudad, capital del Estado Táchira, una de las más importantes de Venezuela. Unida a nuestro país por una es-

pléndida carretera, es activo el intercambio cultural, comercial y turístico. Precisamente ahora se prepara San Cristóbal para celebrar dignamente el IV centenario de su fundación. Y ha empezado la labor de divulgación cultural con la publicación del I Tomo de una serie de documentos trascendentales acerca de la ciudad, su Historia, su crecimiento, desde los días de la Colonia hasta el momento actual en que es el centro de una activa existencia que nosotros conocemos de cerca.

El I Tomo contiene una serie de documentos allegados y comentados por tres de los miembros de la Junta Pro-Centenario y son ellos los doctores: Aurelio Ferrero Tamayo, Horacio Cárdenas Becerra y Rafael María Rosales. Libro de alta calidad literaria, ya que quienes hicieron la compilación son escritores de ponderada calidad. Especialmente Rafael María Rosales, quien ha pulido amorosamente hermosos libros consagrados a cantar a su Patria, sus ríos, sus bellezas naturales y lo que ha dejado el Arte en Iglesias, Bibliotecas, Centros de Cultura.

Con libros como este se logra el objetivo de que las gentes se preocupen por la ciudad de San Cristóbal, en forma admirativa y permanente. Porque los regocijos populares son flor de unas horas. Solamente los libros donde se deja para siempre la biografía de un pueblo, de una ciudad, de un alma, perduran a través del tiempo. Y estos tres escritores del Táchira, legendario y solemne, han empezado las celebraciones por donde debía partir precisamente el impulso inicial: escribiendo libros que honren y dilaten el prestigio de San Cristóbal, con sus onduladas bellezas de Alcazar, dormido en el valle de Santiago.

HISTORIAS DE ESPAÑA.

Por Camilo José Cela.

Ese mundo descarnado, magro en perspectivas, pero rezumante de ironía, filudo y grotesco, que debemos a la pluma de Quevedo, lo mantuvo con cabal vigencia humana, don Ramón María del Valle-Inclán y Montenegro. Aquellos esperpentos borbotaban ante nuestros ojos atónitos, toda la turbia existencia de peles que se mueven entre la locura, el alcohol y la pesadilla. Sus Luces de Bohemia toman tintes sombríos y al despojarse de toda vana adiposidad, desembocan en lo funámbulo y caricaturesco. Prolongando esta línea intelectual, hallamos en la España contemporánea dos escritores admirables: Camilo José Cela y Ramón J. Sender. Ambos hundidos en el mundo donde la criatura humana encara su destino. Miles de sentimientos confusos o de morbosidades que afloran como hongos. Cálida humanidad que con mueca de garabato en la niebla, ama, padece, odia, llora, mientras en torno suyo ríe la farsa, el mundillo de las víboras, la urticante realidad. Así en "Proverbios Junto a la Muerte", de Sender y en estas Historias de España, de Cela.

Su nombre ha enriquecido la literatura española en la trascendencia de la novela, en la misma medida que Eugenio Montes en el ensayo, lúcido, certero, de cazas asombrosas. Pero Cela no es únicamente un nombre más —por ilustre que lo supongamos—, en la novelística hispana, sino una

cifra que amojona toda una época. De los novelones rosas, de cierta cursilería de folletín, pasamos a este vivero de seres de carne y hueso que se mueven en las novelas de Cela. Precisamente estas Historias de España, nos dan la medida de un pueblo, sus gustos, sus trágicas posturas ante la vida y la muerte. Verdaderos dislaceramientos de almas, semblanzas en luz y sombra, enmarcadas dentro de un estilo seco, conciso, más de buril que de pluma. El gran estilo de Camilo José Cela. Nada de tintas suaves, de luces de acuarela azorada. Tonos sombríos, negros, rojizos, fragua de Vulcano que prende chispas sobre la faz de la noche. Y los guiñoles gesticulantes, la cínica picardía, el resuello gordo de burgueses y de tántos tontos dignos de una procesión de la Santa Compañía.

Ya es tiempo de que la Literatura Castellana deje de ser elegía o treno o canción, para convertirse en verdad que es lealtad. Más Ontología y menos Retórica. Y al final la buena cosecha como en esta obra de Cela que no vacilamos en recomendar a nuestros lectores.

LLANURA, SOLEDAD Y VIENTO.

Por Manuel González Martínez.

Editorial "Lumbre"—Colombia.

No puede afirmarse que sea una novela este libro de González Martínez. Carece de los elementos indispensables para formar el cuerpo de la misma. Ni raíces psicológicas, ni diálogos que desenvuelvan una teoría, ni tampoco esa línea de "suspenso", que le otorga a este género literario su cabal medida. Pero es algo más: una magnífica descripción de tipos, climas, geografía llanera, un mundo que, de pronto encuentra en este escritor, su auténtico descubridor. Conducidos expertamente por el autor nos adentramos en el paisaje de los Llanos Orientales, con su sabor de tierra húmeda, sus hontanares, su paisaje donde el color toma las más bellas y diversas gradaciones. He aquí un pueblo con su propia y peculiar fisonomía y su potencial destino, podemos exclamar al terminar la lectura de Llanura, Soledad y Viento.

Con maestría que nos recuerda los mejores sonetos de Rivera en Tierra de Promisión o algunos de Herrera y Reissing, el autor entona el canto de los animales que pueblan los llanos: sus vidas inquietas, sus luchas, su tremenda capacidad para sobrevivir, el aleteo de aves de corazón de gorjeo, o de águilas, de pupila llameante, pico filudo y alas que se doran al sol; monos grotescos, que chillan en el bosque; venados que cruzan el paisaje como en un gran paso de ballet; garzas de blanco plumaje, señadoras y nostálgicas; serpientes venenosas que se arrastran silenciosamente para cobrar sus piezas; jilgueros, zorros, osos, jaguares manchados, zarpazos, rugidos, cuervos de plumaje miserable, todo está vivo, alacre, rampante, en esta obra que le otorga a González Martínez un sitio de primera línea en la novelística colombiana, en lo que ésta tiene de hallazgo, de emancipación de temas y situaciones manidas, para entrar de lleno en lo nuestro, lo que es colombiano y americano. Menos Europa y un poco más de trópico, es la fórmula a seguir. Estamos en la primera mañana del Génesis y ya pretendemos ser sabios en alquimias literarias,

en el regusto de otoñales culturas. Y el barro aborigen, el paisaje que nos circunda, aquello que nos pertenece, queremos dejarlo de lado, cuando no le volvemos la espalda con indiferencia. Con los precisos instrumentos verbales que nos legó España, debemos partir —nuevos argonautas—, a la búsqueda de lo colombiano en un persistente y honesto acto de humildad intelectual. Nos recuerda la lectura de esta obra, donde animales de toda clase asisten a su drama instintivo, el verso de Martín Fierro: “Y aves y bichos y peces—, se mantienen de mil modos—; pero el hombre en su acomodo—, es curioso de observar—; es el que sabe llorar—, y el que se los come a todos”.

Hermosa tarea la cumplida por el autor de esta obra. Qué sentido tan fino de los seres y de la tierra! Qué limpia transcendencia la de su mensaje literario! Y que lean esta obra quienes tienen la obligación de conocer qué tenemos y dónde reside nuestra forma.

PORFIRIO BARBA JACOB, ARGONAUTA DE AMÉRICA. Por Alfonso Duque Maya—

Es muy difícil situar en un plano de veracidad la vida de Porfirio Barba Jacob. En torno suyo crecen las leyendas como los mismos sarmientos de sus manos ávidas que plasmaban en el aire aquellos sus cuentos maravillosos, donde el escarabajo de oro y el castillo encantado abrían las puertas hacia el reino brumoso de la pesadilla. Numerosos libros y algunos ensayos se han escrito en torno de aquel bardo enjuto, de pupilas ávidas, corazón hambriento de ternura, que bajaba el cielo a nuestro costado y purificaba, en dosis exactas, el amor y el alarido.

Mucha de esa literatura revela sus signos y metales apócrifos. No así el breve libro de Lino Gil Jaramillo, *La máscara y el hombre*, donde queda temblando, entre los encajes del estilo, un poco de la humanidad de ese hombre extraño que subido sobre el trípode de la Sibila, nos hizo estremecer con el pánico viento de un lirismo donde parece que nevara para las plantas de un niño de cabellos de miel y ojos de pasmo.

Ahora aparecerá un nuevo libro sobre Barba Jacob. Lo ha escrito Alfonso Duque Maya, uno de los mejores escritores colombianos que, durante varios años, ha permanecido al margen de toda publicidad. Duque Maya ha trabajado durante ocho años en esta Biografía. Es, sin duda alguna, la interpretación más original, más auténtica del poeta colombiano. Aquí se echan por tierra leyendas negras, noches sabáticas, toda la morbosidad que se ha querido acumular en la trayectoria vital de Barba Jacob. Y con pruebas a la mano. Con documentos inéditos. Una verdadera revelación del espíritu del poeta. Además, escrita en un estilo de alta calidad, depurado, con toda la dignidad del idioma.

Es una obra positivamente valiosa que nos abre, por fin, el laberinto de una vida y una poesía, un mucho calumniadas por apresurados críticos.

HOMENAJE A HUMBOLDT.

La revista *Bolívar* que, a nombre del Ministerio de Educación Nacional, fundara y orientara en forma hasta hoy inigualada el maestro Rafael Maya, nos ha hecho llegar el número correspondiente a los meses de julio, agosto, septiembre, octubre, noviembre y diciembre de 1960 y dedicada a analizar la obra del Barón Alejandro de Humboldt. La edición acaba de ser impresa y se están distribuyendo tres mil ejemplares.

Numerosos elementos del mundo científico y literario contribuyen a glorificar a aquel teutón extraordinario que recorrió el Nuevo Mundo con afán de investigación y suscitó dilatadas corrientes de simpatía hacia un continente virgen y exhuberante. En estos descubrimientos el Barón alcanzó tal grado de madurez que se puede hablar de él como de un sabio, sin que el idioma desemboque en la hipérbaton. Tenía en su vida el equilibrio de una Alemania —flor de hierro de la cultura—, que se vinculó al Nuevo Reino de Granada, desde los días aurorales de la conquista de don Nicolás de Federman hasta el día de hoy, con sus ases de aviación, geólogos, hombres de letras. Expedicionario y botánico; geógrafo y cartógrafo; paciente coleccionador de plantas y semillas, astrónomo, y, finalmente, ordenador del Cosmos, hombre de Unidad y Armonía, su nombre con los de José Celestino Mutis y Francisco José de Caldas, pertenecen a la ciencia y a Colombia, cuyos mapas trazaran con emoción y sentido de una misión trascendente.

Está bien que se honre al ilustre Barón como lo ha hecho la revista "Bolívar". Pero consideramos, sí, que una publicación de carácter mensual y de la calidad de la que orientó Rafael Maya, debe aparecer regularmente, irrigar cultura diversificada, y no como ahora en que aparece una o dos veces en el año, con lo cual no puede cumplir la tarea que venía adelantando en otros tiempos.

EL CHARRUA VEINTE TOROS.

Por Carlos Sabat Ercasty.

Montevideo—Ediciones "Príncipe".

Carlos Sabat Ercasty es un infatigable trabajador del espíritu. Ha publicado más de una veintena de libros donde ha dejado la huella de su talento y su profunda sabiduría de la vida. Poeta excelso; prosista abundoso; sociólogo y filósofo, su trayectoria humana corre parejas con su vitalidad a toda prueba. En Montevideo, Sabat Ercasty ejerce por derecho propio una especie de sacerdocio de las Letras que nadie pretende desconocerle. El gran poeta nos ha enviado ahora su último libro, una especie de Biografía en el tiempo, de un cacique extraordinario que le diera vida a la leyenda mítica del valor de los charrúas y de sus incursiones en un mundo primitivo, áspero, donde todas las fuerzas descansaban en un estado cándido de original virginidad. Pero leamos lo que el gran escritor uruguayo dice de El Charrúa Veinte Toros:

Veinte Toros!, el charrúa de la época colonial. Voy a evocarlo. Era un indio de la vieja raza. Su cuerpo era el bronce más ardiente del fuego vital. Talla

titánica, pecho fraguado en metales flexibles y elásticos, cuello de maderas recias, puños y pies de piedra, cintura de ramas cimbreantes, ojos de halcón, dientes y molares de puma, nuca de toro, voz de jaguar, voluntad de águila. Todos los vientos de la tempestad en sus impulsos.

“Cuando el deseo crispaba el rugido del instinto, el pavor arrodillaba a los toros, y los nervios del puma se apretaban a la piel. Ningún potro escapó a su lazo, y ningún fiandú burló sus boleadoras. El cuarzo se rompía entre sus dedos, y el golpe de su pie dolía en la tierra. Entre sus compañeros era el cacique. Hércules Charrúa, no tuvo más nombre que el de Veinte Toros, por la suma de sus energías...”.

Todo un medallón de bronce que nos hace recordar aquella fuerza escultórica de los gauchos que levanta hacia la eternidad Leopoldo Lugones en La Guerra Gaucha. Pasión, fuerza, escultura antes que pintura. Este libro reafirma los títulos de Maestro que decoran la vida de Sabat Ercasty.